



ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 1- Nº 6 - Abril de 2006

NIKH ALLELUIA ALLELUIA

La alegría pascual que ilumina a la Iglesia en estos días, tiene sus inicios en una peregrinación penitencial que comenzamos el Miércoles de Cenizas con el Tiempo de Cuaresma, en donde pudimos experimentar en nuestra vida la gran necesidad que tiene el hombre de la Salvación de Dios, la búsqueda de “algo”, que transforme nuestra experiencia.

Muchas veces nos afanamos en esa búsqueda de alegría, a veces “superflua” y no plena; día a día somos cautivos de mensajes de diversos tipos en los que nos esforzamos en descifrar el código semántico siempre vacío, para terminar descubriendo la vana realidad que nos quieren comunicar.

En otros casos ni siquiera intentamos buscar ese “algo”, sino que cuestionamos a priori el aspecto plausible y real de lo que Dios, pueda estar haciendo en nosotros, desgastándonos así en una gran exploración agotadora en donde los resultados siempre son negativos. Por lo cual nos cansamos y terminamos desistiendo.

Esta búsqueda de la verdad es a veces inducida, por ejemplo, uno de los “eslogan” de una película famosa próximamente a proyectarse muestra casi al final del “spot” la frase que brilla ante los ojos de los espectadores “busca la verdad”, Verdad, que por simple interpretación nuestra puede hacernos supuestamente “libres” y alcanzar la felicidad de un modo egoísta y hasta surrealista.

Y es en medio de todo esto, donde la Iglesia lanza un grito exultante, con una noticia, simple y sencilla pero que en sí misma encierra, la verdad absoluta que busca acoger todo ser humano, en lo profundo de su interior: **¡Cristo Ha Resucitado!, ¡Ha vencido a la muerte!**. Es esta la Gran Noticia, la única e irrefutable verdad, y que en muchos casos no tiene ninguna significación en nuestra sociedad. Lo más triste y hasta lamentables es que esta “Buena Noticia” pierda totalmente la novedad ante nosotros, convirtiendo este “anuncio” en meras palabras que repetimos de memoria y no de corazón.

Esta novedad del Resucitado, es la Nueva Creación de Dios, evidenciada en la llamada “civilización del amor”. Es en el “misterio” tan antiguo y tan nuevo de la Pascua, en el que Cristo venciendo las ataduras de la Muerte, ha restaurado su imagen en el hombre caído, abriéndole así las puertas del cielo, llevándole consigo al reino del amor, al reino de la verdad y la felicidad.

Cristo Vivo y por ende el creyente, una vez resucitado ya no muere más; nos injerta en su reino de Vida dándonos así *“un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra... un rayo de gloria de la Jerusalén*





“adoro te devôte, latens véritas, te qui his formis vere látitas: tibi sur cor meum totum súbicit, qui te contémplans totum déficit”

ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 1- Nº 6 - Abril de 2006

celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino” (Eclesia de Eucaristía nº19).

La Resurrección es esta luz, que ilumina toda la vida del creyente y que brota de la eucaristía en donde nos hacemos uno con el amor, uno en el amor, uno por amor, con el Amado; en donde rotas las barreras de la muerte exultamos de gozo y alabanzas por Jesucristo, Cordero degollado, que saliendo victorioso del sepulcro nos ha devuelto la vida y la alegría, perdidas por el antiguo adversario.

Por eso la alegría pascual no es una alegría efímera, es la firme convicción de que Dios nos ama y ha venido en recate nuestro para llevarnos al cielo con Él.

“No nos queda más que entonar con Pablo el himno al amor victorioso de Dios. Nos invita a realizar con él una maravillosa experiencia de sanación interior. Piensa en todas las cosas negativas y en los momentos críticos de su vida: la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada. Los contempla a la luz de la certeza del amor de Dios y grita: «¡Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquél que nos amó!».

Alza entonces la mirada; desde su vida personal pasa a considerar el mundo que le rodea y el destino humano universal, y de nuevo la misma certeza gozosa: «Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida..., ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá jamás separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro, (Rm 8, 37-39).”(Predicación del Padre Rainero Cantalamessa, Predicador de la Casa Pontificia, Viernes Santo 2006, Roma)

¡FELIZ PASCUA! ¡ALEGROSO! ¡CRISTO HA RESUCITADO!

VERBUM DOMINE.

Hermanos: Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Porque, si nuestra existencia está unida a Él en una muerte como la suya, lo estará también en una resurrección como la suya. Comprendamos que nuestra vieja condición ha ido crucificada con Cristo, quedando destruida nuestra personalidad de pecadores y nosotros libres de la esclavitud al pecado; porque el que muere ha quedado absuelto del pecado.

Por tanto, si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él, pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre Él. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús Señor Nuestro.

ROMANOS 6, 3-11



ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 1- Nº 6 - Abril de 2006

VOX SUMMUS PONTIFEX

«Ha resucitado..., no está aquí». Cuando Jesús habló por primera vez a los discípulos sobre la cruz y la resurrección, estos, mientras bajaban del monte de la Transfiguración, se preguntaban qué querría decir eso de «resucitar de entre los muertos» (Mc 9, 10). En Pascua nos alegramos porque Cristo no ha quedado en el sepulcro, su cuerpo no ha conocido la corrupción; pertenece al mundo de los vivos, no al de los muertos; nos alegramos porque Él es –como proclamamos en el rito del cirio pascual– Alfa y al mismo tiempo Omega, y existe por tanto, no sólo ayer, sino también hoy y por la eternidad (cf. Hb 13, 8). Pero, en cierto modo, vemos la resurrección tan fuera de nuestro horizonte, tan extraña a todas nuestras experiencias, que, entrando en nosotros mismos, continuamos con la discusión de los discípulos: ¿En qué consiste propiamente eso de «resucitar»? ¿Qué significa para nosotros? ¿Y para el mundo y la historia en su conjunto? Un teólogo alemán dijo una vez con ironía que el milagro de un cadáver reanimado –si es que eso hubiera ocurrido verdaderamente, algo en lo que no creía– sería a fin de cuentas irrelevante para nosotros porque, justamente, no nos concierne. En efecto, el que solamente una vez alguien haya sido reanimado, y nada más, ¿de qué modo debería afectarnos? Pero la resurrección de Cristo es precisamente algo más, una cosa distinta. Es –si podemos usar por una vez el lenguaje de la teoría de la evolución– la mayor «mutación», el salto más decisivo en absoluto hacia una dimensión totalmente nueva, que se haya producido jamás en la larga historia de la vida y de sus desarrollos: un salto de un orden completamente nuevo, que nos afecta y que atañe a toda la historia. BENEDICTO XVI. P.P. (*Homilía En la Vigilia Pascual 2006*)



O SALUTARIS

Regina Caeli

Regina caeli laetáre, allelúia.

Quia quem meruísti portáre,
allelúia.

Resurréxit, sicut dixit,
allelúia.

Ora pro nobis Deum,
allelúia.

Gaude et laetáre, Virgo María,
allelúia.

Quia surréxit Dóminus vere,
allelúia.

